

## LOS MUERTOS DEL FLOREANISMO\*

Enrique Ayala Mora

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

### RESUMEN

El artículo analiza el crimen político durante las primeras décadas de vida de la República del Ecuador. Específicamente centra su estudio en el período dominado por la figura de Juan José Flores, primer presidente del Ecuador. La inestabilidad política, la precariedad de las alianzas entre las élites regionales, la crisis económica generada por las guerras de Independencia, las conspiraciones y la violencia que caracterizaron al período de surgimiento de las repúblicas andinas hicieron del crimen político un “vicio de nacimiento”. El asesinato del general Antonio José de Sucre, la muerte de los miembros de la sociedad El Quiteño Libre, el homicidio de Juan Otamendi, entre otros, hicieron patente esta característica.

PALABRAS CLAVE: Ecuador, siglo XIX, Período Republicano, Juan José Flores, crimen político, conservadurismo, aristocracia, Vicente Rocafuerte.

### ABSTRACT

The article analyzes political crime during the first decades of the newly established Republic of Ecuador. The study mainly focuses on the figure of Juan José Flores, the first President of Ecuador. The political uncertainty, the instability of alliances among regional elites, the economic crisis generated by the wars of independence, the conspiracies and violence that characterized the emergence period of the Andean republics made political crime a “vice of birth”. The assassination of major general Antonio José de Sucre, the killing of the Sociedad “El Quiteño Libre”, the homicide of Juan Otamendi, among others, made patent this feature.

KEY WORDS: Ecuador, 19<sup>th</sup> century history, Juan José Flores, political crime, conservatism, aristocracy, Vicente Rocafuerte.

---

\* Este artículo es parte de la serie “El crimen político en la Historia del Ecuador” que fue preparada en un proyecto de investigación realizado en la Facultad de Comunicación de la Universidad Central. Esta es una versión revisada en 2008.

## UN VICIO DE NACIMIENTO

Las primeras décadas de vida del Ecuador autónomo fueron agitadas y conflictivas. Las guerras de Independencia y las disputas territoriales de la efímera etapa colombiana provocaron una persistente situación de inestabilidad social y crisis económica. El poder arrebatado a los representantes de la metrópoli no se concentró en un gobierno central fuerte, sino que tendió a dispersarse en las instancias locales y regionales. El latifundio, de raíz colonial, se consolidó como eje de la sociedad. Los terratenientes, que dominaban a la mayoría de la población del país, controlaban también el poder político a través de la propia organización de la hacienda y de las instituciones municipales y regionales.

Los notables latifundistas establecieron un sistema de representación política que, detrás de las declaraciones de igualdad y democracia, reproducía una sociedad colonial estamentaria y corporativa; solo los ricos propietarios, sus hombres de confianza y los clérigos podían elegir y ser elegidos.<sup>1</sup> El “pueblo”, en cuyo nombre se proclamó la Independencia, siguió siendo el gran ausente de la escena política oficial. Pero en varias ocasiones se alzó contra los detentadores del poder o participó de uno u otro lado en sus enfrentamientos.

Las alianzas de las élites regionales eran muy inestables. Los conflictos se repetían frecuentemente entre los notables quiteños y los cuencanos y guayaquileños, tanto más que estos últimos, volcados a la producción para la exportación, tenían algunos intereses que los enfrentaban a los latifundistas del altiplano. En esta situación de desarticulación regional y política, el ejército, integrado en su mayoría por extranjeros veteranos de la Independencia, se constituyó en árbitro de la política, y sus jefes, en caudillos de influencia decisiva.<sup>2</sup> Este fue el caso del general Juan José Flores (1800-1864), militar venezolano nacido en Puertocabello, que ejerció las funciones de jefe del “Distrito del Sur” de Colombia y se radicó en Quito, pasando a ser luego primer presidente del Ecuador.<sup>3</sup> Flores, que se había entroncado con la aristocracia latifundista, amasó una gran fortuna en el ejercicio de sus

---

1. Enrique Ayala Mora, *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional (CEN), 1982, p. 61.

2. *Ídem*, p. 47.

3. Hay varias biografías de Juan José Flores. Entre las escritas en las últimas décadas pueden mencionarse las de Gustavo Váscquez Hurtado, *El General Juan José Flores. La República 1830-1845*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE), 1984; Jorge Villalba F., S. J., *El General Juan José Flores, fundador de la República del Ecuador*, Quito, Centro de

funciones, y fue consolidando al mismo tiempo una clientela caudillista, el “floreanismo”, que le dio una presencia determinante en el poder por décadas.<sup>4</sup>

Bajo el predominio del floreanismo, los primeros años de vida del Ecuador recién nacido fueron muy agitados y violentos. Se sucedieron constantes golpes de Estado, guerras civiles, cuartelazos y conflictos fronterizos. Pero la violencia se dio también en episodios puntuales de la lucha por el poder, donde perecieron muchas personas. La eliminación del adversario se consideró entonces como un recurso del enfrentamiento. De allí que se diera una secuencia de crímenes que se podrían calificar como “políticos”. Esta secuencia se inició con el asesinato del mariscal Antonio José de Sucre en 1830, el mismo año en que se fundó el Ecuador.

Juan José Flores había sido partidario de Bolívar y lo apoyó muy lealmente en los años de la dictadura. Se identificaba, pues, con la vertiente “goda” o conservadora del bolivarianismo. Con un firme control del ejército por una parte, y con el apoyo de los “notables” quiteños, cuencanos y también guayaquileños, por otra, el caudillo militar era el punto de encuentro político de muchos intereses regionales. Hombre hábil, con gran apego al poder y enorme visión política, Flores se volvió “hombre necesario” para muchos. Solo en círculos intelectuales de Quito y otras ciudades, y en grupos radicales de la clase dominante guayaquileña, había resistencia a su mandato.

Flores fue elegido presidente del Estado del Ecuador por la Asamblea Constituyente reunida en Riobamba en 1830. La administración floreana que se inició en ese año fue sumamente agitada. Ni bien se había posesionado el Presidente, cuando tuvo que sofocar la revuelta de Urdaneta, que reclamaba el retorno de Bolívar al poder. En pocos meses se dio el conflicto con Nueva Granada por la posesión de Pasto y Popayán. “Vuestro ciudadano Presidente, empeñado en luchar contra el infortunio para dar nueva vida al Estado, no ha tenido ni tiempo para ocupar la silla del Gobierno (...)”, decía Flores al Congreso.<sup>5</sup> Pero además de las guerras internas y externas, se dieron también acontecimientos en los que el crimen político fue un ingrediente fundamental. En las primeras décadas de la República, el floreanismo tuvo sus muertos.

---

Estudios Históricos del Ejército, 1993; Mark van Aken, *El rey de la noche. Juan José Flores y el Ecuador. 1824-1864*, Quito, BCE, 1994.

4. Ver Silvia Vega, *Ecuador: crisis políticas y Estado en los inicios de la República*, Quito, FLACSO/Abya-Yala, 1991.

5. Juan José Flores, “Mensaje al Congreso de 1831”, en A. Novoa, *Recopilación de mensajes dirigidos por los presidentes y vicepresidentes de la República, jefes supremos y gobiernos provisorios a las convenciones y congresos nacionales*, tomo I, Guayaquil, Imprenta A. Novoa, 1900, p. 193.

## LA REVUELTA DEL “VARGAS”

A pesar de que el financiamiento del ejército consumía casi todos los ingresos del Gobierno, éste vivía en la crónica imposibilidad de pagar sueldos a los soldados, y hasta de proporcionarles las raciones diarias de comida.<sup>6</sup> Peor aún, cuando se disponía de recursos era común que buena parte del dinero terminara en manos de jefes que especulaban con los fondos, o simplemente los retenían. No era infrecuente que cuarteles enteros estuvieran impagos por meses y sin comida por semanas. Eso trajo consecuencias.

El 10 de octubre de 1831, por la noche, tres compañías del batallón “Vargas” acantonado en Quito se tomaron el cuartel de artillería, apresaron a varios oficiales y pidieron que se les pagara tres meses de sueldo y cinco días de raciones que se les adeudaba. Al cabo de una rápida colecta de empréstitos y donaciones, Flores logró recaudar 5.698 pesos, que se entregaron a los soldados. Éstos aceptaron la suma. Los cronistas del episodio están de acuerdo en que los amotinados, dirigidos por algunos sargentos, entre los que se destacaba uno de nombre Miguel Arboleda, procedieron con enorme compostura en todos los eventos.<sup>7</sup> Mantuvieron el orden, respetando vidas y propiedades. Eso sí, como la mayoría de ellos eran granadinos, manifestaron que dejarían el Ecuador con rumbo al norte, a Nueva Granada.<sup>8</sup>

Apenas los hombres del “Vargas” abandonaron la capital, dejando libres a los oficiales presos, el jefe militar de Quito, general Whitten, siguió a los soldados para reducirlos a obediencia. Los alcanzó en Guayllabamba, pero su insistente impertinencia le costó caro. Los hombres, nerviosos y exaltados, lo fusilaron, aunque respetaron la vida de sus acompañantes. Esto provocó la desmoralización en las filas del “Vargas”. Aun así, no se cometieron actos de vandalismo en los pueblos del camino. Pero treinta soldados, los que habían nacido en el Ecuador y no quisieron ir a tierra extraña, desertaron entonces.

El coronel Juan Otamendi, encargado de perseguir a los revoltosos, los alcanzó en el Carchi. Algunos lograron huir, pero la mayoría fueron hechos

---

6. Pedro Fermín Cevallos cuenta que la situación era tan mala que “nuestro ejército se moría de hambre y desnudez, habiendo ocasiones en que jefes, oficiales y soldados no se desayunaban sino por la noche con maíz tostado o con zanahorias cocidas.” Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo XI, Tungurahua, 1974, p. 139.

7. *Ídem*, pp. 108-109.

8. Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, Quito, CEN, 1983, pp. 267-268.

prisioneros. Entre éstos estaban varios de los desertores ecuatorianos. Inmediatamente fueron escogiéndose grupos para ser fusilados en los pueblos del trayecto. El “Vargas” fue pasado por las armas en las plazas públicas. Dice Pedro Moncayo:

Otamendi llevó hasta la barbarie el cumplimiento de esta comisión, porque no perdonó a ninguno de los 300 héroes de Colombia que cometieron el crimen de querer volver a su Patria. Tan solamente seis fueron rescatados ¡por dinero! Suministrado por los señores José Barba y José Pólit y otros, cuando estaban ya de rodillas para ser fusilados.<sup>9</sup>

La responsabilidad de tan bárbaras acciones recayó en Otamendi pero, en realidad, fue Flores quien dio las órdenes y no solo asumió la responsabilidad del atroz hecho sino que fue hasta objeto de congratulaciones.<sup>10</sup> Por otra parte, aunque la mayoría de los autores afirma que el exterminio fue total, parece que no fue así, pues hubo sobrevivientes. “En diciembre de 1831 –dicen Piedad y Alfredo Costales– diez componentes del Vargas son encontrados en la cárcel de Latacunga.”<sup>11</sup>

## EL “FLORES” CONTRA FLORES

Meses después, mientras el presidente negociaba el fin de la guerra con Nueva Granada, en la noche del 12 de agosto de 1832 se sublevó en Latacunga el batallón “Flores”. Antes se había llamado “Girardot”, pero se le cambió el nombre precisamente en honor del presidente. Es importante destacar que uno de los argumentos de los insurrectos, además de la mora en el pago de sueldos, era su voluntad de volver a su nativa Nueva Granada. En medio de la situación de guerra que se vivía entonces con ese país, la insurrección era sumamente peligrosa.<sup>12</sup> Los soldados asesinaron a los jefes y cometieron abusos y extorsiones. Abandonando Latacunga pasaron a Ambato y luego a la Costa. Sin el orden y respeto que observaron los revol-

---

9. Pedro Moncayo, *El Ecuador de 1825 a 1875, sus hombres, sus instituciones y sus leyes*, Quito, Imprenta Nacional, 1906, p. 64.

10. Dos clérigos diputados propusieron que el Congreso declarara a Flores “Fundador del Estado” y “Capitán General”, y que asignara a su hijo mayor la pensión de mil pesos anuales. *Ídem*, p. 69.

11. Piedad y Alfredo Costales, *Otamendi: el centauro de ébano*, Quito, Xerox del Ecuador, 1980, p. 92.

12. Este hecho lo destacan varios autores y es importante tomarlo en cuenta para juzgar el curso de los acontecimientos posteriores.

tosos del “Vargas”, los soldados del “Flores” asolaron los lugares a su paso, amenazando con saquear Guayaquil.

El coronel Otamendi, de nuevo puesto al frente de la represión, persiguió a los insurrectos desde Ambato, logrando alcanzarlos y vencerlos el 13 de septiembre. Cevallos transcribió el parte militar:

Hoy a las tres de la tarde han tocado en este punto los facciosos compuestos de dos ciento cincuenta hombres [los ciento cincuenta restantes que faltaban, o habían sido ya muertos o andaban dispersos], y apoderados de la inexpugnable posición que expreso, se volvieron a resistirme por segunda vez; pero fueron batidos por la columna de mi mando, y acuchillados en el campo de batalla setenta de ellos y cinco mujeres que perecieron en la carga de caballería, por hallarse uniformadas y entre tropa. Quedan en nuestro poder catorce prisioneros, doce mujeres (...) Los sublevados [esto es los prisioneros] sufrieron el castigo que la Ley impone a los traidores (...)

Y el historiador ambateño concluye: “Tal fue el paradero de éstos que, sirviendo en distintos cuerpos, habían encanecido con más de veinte años de campaña y un largo sartal de gloriosos triunfos”.<sup>13</sup>

Las matanzas fueron graves, pero es evidente que las tensiones acumuladas entre civiles y militares a inicios de la República disminuyeron el impacto de la eliminación en masa de los dos batallones que realizaron los hombres de Flores. El temor al saqueo, las requisas y las violaciones volvía muy impopulares a los soldados granadinos, que eran vistos como extranjeros peligrosos. Aunque no puede hacerse un seguimiento de prensa sobre estos hechos, de los testimonios acumulados podemos deducir que la reacción que entonces existía contra el “militarismo extranjero” no se circunscribía a los altos jefes; también se extendía a la tropa.

En todo caso, en la medida en que la represión de las dos insurrecciones se dio como actos de disciplina militar o como medidas de castigo de excesos cometidos por los soldados, parece ser que tuvieron aceptación social, no solo entre los grupos latifundistas temerosos de las “contribuciones especiales”, sino, también, entre pequeños propietarios y arrieros, víctimas de las requisas de ganado y productos. Los casos del “Vargas” y el “Flores” fueron crímenes de grandes proporciones, pero por su naturaleza, solo parcialmente podrían calificarse como típicamente “políticos”. El siguiente sí lo fue.

---

13. Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo XI, pp. 138-139.

## **EL QUITIÑO LIBRE**

La oposición contra el general Juan José Flores fue creciendo a lo largo de sus dos primeros años de gobierno. En Quito se reunía un activo grupo de jóvenes opositores, congregados alrededor del coronel Francisco Hall. “El partido nacional –dice Pedro Moncayo– nació en la ermita de un filósofo que le comunicó su espíritu, su inspiración y sus nobles y leales sentimientos”.<sup>14</sup> En efecto, Hall, militar inglés discípulo de Jeremy Bentham, vino a América a participar en las guerras de Independencia. Era un demócrata radical. Había sido adversario de la dictadura de Bolívar y cuando llegó a Quito terminó de enemigo político de Flores.

Hall y su círculo de tertulia política promovieron la fundación de la Sociedad El Quiteño Libre, que se instaló a mediados de abril de 1833. El general Sáenz fue nombrado presidente y José Miguel Murgueytio, secretario. Componían además la sociedad, entre otros, Manuel Matheu, Ignacio Zaldumbide, Roberto Ascázubi, Manuel Ontaneda, los coroneles Wright y Hall, y Pedro Moncayo. Este último fue designado editor del periódico que la institución publicó con su mismo nombre.

El primer número de *El Quiteño Libre* apareció el 12 de mayo de 1833. Desde el inicio su orientación fue abiertamente opositora. Iba a “defender las leyes, los derechos y libertades del país, a denunciar toda especie de arbitrariedad, dilapidación y pillaje de la hacienda pública; a confirmar y generalizar la opinión en cuanto a los verdaderos intereses de la nación; y a defender a los oprimidos y a atacar a los opresores”.<sup>15</sup>

Uno de los temas favoritos era la denuncia de inmoralidades cometidas por Flores con los fondos públicos. El presidente reaccionó ante esto con aplomo. Siguió una acción legal contra los redactores y financió varios órganos de prensa que lo respaldaban. Trató también de halagar y “comprar” a los redactores de *El Quiteño Libre*, como lo había hecho antes con otros periódicos de efímera vida como *El Republicano* y *El Hombre Libre*, pero no tuvo éxito.<sup>16</sup> No pudo, pues, evitar Flores el enfrentamiento y entonces afrontó al periódico opositor con medios indirectos, como lo cuenta Robalino Dávila:

---

14. Pedro Moncayo, *El Ecuador de 1825 a 1875*, p. 69.

15. Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo XII, p. 5.

16. Luis Robalino Dávila, *Nacimiento y primeros años de la República. Orígenes del Ecuador de Hoy*, tomo I, Puebla, Cajica, 1967, p. 215.

Temiendo sin duda, ir directamente contra un periódico redactado por personas de posición como “El Quiteño Libre”, el Presidente acudió, para defenderse, al recurso de publicar hojas tales como “Gaceta del Ecuador”, “El Amigo del Orden”, “Armas de la Razón”, “El Nueve de Octubre”, “El Trece de Febrero” y “El Investigador”; las cuales trataron a los redactores de “El Quiteño Libre” de perturbadores del orden, ambiciosos, inconsecuentes, ociosos, aspirantes, con todos los demás epítetos usuales en tales casos. Pero la defensa sobre el despilfarro de las rentas públicas no fue satisfactoria, y las réplicas de la hoja quiteña cada vez más firmes. La oposición general fue pujante.

No escasearon consejos al General Flores para que tomase medidas violentas contra “El Quiteño Libre”. Uno de los periódicos gobiernistas, “El Investigador” decía: “En el estado de inquietud en que los autores de esa hoja han puesto a la patria no queda al Ejecutivo otro recurso que proceder por su propia conciencia (...) Ellos ofenden; vejan e injurian al Gobierno, y el Gobierno no debe tolerarlos”.<sup>17</sup>

Se entabló de esta manera la primera batalla periodística de nuestra historia. Las escaramuzas anteriores no habían tenido la fuerza de ésta, fundamentalmente por el prestigio y la rigidez de los redactores de *El Quiteño Libre*. Flores gastó muchos recursos y empleó a fondo su sagacidad y don de gentes para combatir a sus adversarios, pero su prestigio comenzó a desmoronarse; “la oposición –dice Cevallos– pujante con las réplicas fue tomando bríos día a día.”<sup>18</sup> Era evidente que se consolidaba una corriente de opinión en su contra.

En las elecciones de junio de 1833, el Gobierno fue derrotado, resultando elegidos diputados algunos adversarios. El más notable de ellos, Vicente Rocafuerte, que acababa de llegar al país, luego de una larga permanencia en España, México y otros países americanos, se rebeló de inmediato como el principal opositor del “godo” Flores.<sup>19</sup>

A las dificultades con la oposición se sumaron otras, surgidas al interior del propio gobierno. Luego de un “impasse”, el ministro Valdivieso, una de las columnas del régimen de Flores, rompió con el presidente y renunció. Reunido el Congreso el 10 de septiembre, tanto Flores como su ministro de lo interior informaron al Parlamento que el país gozaba de perfecta paz; sin embargo, en una sesión inmediata posterior, el Gobierno intentó que se le

---

17. *Ídem*, pp. 218-219.

18. Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo XII, p. 9.

19. Rocafuerte era guayaquileño. Aunque él y su familia habían apoyado la Independencia, no tomó parte directa en las acciones de octubre de 1820 y las subsiguientes. Había estado al servicio del gobierno de México como diplomático hasta cuando resolvió volver al Ecuador en 1833.



concediesen facultades extraordinarias ya que, según se afirmaba, la paz pública estaba amenazada por una inminente revolución y era necesario contar con poderes adecuados para sofocarla.

El debate parlamentario fue acalorado. Los ministros Sanmiguel y García del Río, especialmente este último, defendieron la necesidad de las facultades extraordinarias. Para ello contaron con la mayoría de los representantes, entre los cuales se distinguían tres clérigos, Marcos (Antonio), Peñafiel y Beltrán, que propusieron o apoyaron firmemente porque se dieran esas facultades al Ejecutivo. La minoría de oposición argumentó fuertemente, entre otras cosas, haciendo notar la evidente contradicción entre los informes oficiales y la solicitud basada en rumores y dichos. Al fin, solo seis diputados estuvieron por la negativa, entre ellos José Miguel Carrión y Valdivieso, el famoso obispo de Botrén, uno de los políticos más brillantes y agresivos de la época.

## UN CRIMEN PLANIFICADO

Investido Flores con las facultades extraordinarias, el mismo 14 de septiembre de la tormentosa sesión mandó prender a los integrantes de El Quiteño Libre. Moncayo, Ascázubi, Muñiz, Machuca y Landa fueron encarcelados y enviados a Guayaquil. Los demás lograron huir y esconderse. Rocafuerte, que no había podido concurrir a la sesión, apenas se enteró de los incidentes envió una filípica feroz al Congreso, en la que trataba al Gobierno, y a García del Río en especial, en los peores términos. Esto le valió su descalificación como diputado y su apresamiento y envío al destierro. Igual suerte fue reservada para el connotado clérigo José Miguel Carrión y Valdivieso, que era diputado.

Pero las cosas estaban agitadas también en Guayaquil. A principios de octubre, una insurrección castrense estalló en el puerto. Su jefe, el comandante Pedro Mena, asumió el mando de la provincia. Una de las primeras acciones de los revoltosos fue interceptar a la escolta de Rocafuerte en el camino de Naranjal, y traerlo a Guayaquil, en donde se proclamó jefe supremo del Departamento.

En Quito, las noticias sobre la insurrección de Guayaquil alentaron a la oposición. A través del contacto de los sargentos Peña y Medina, intentaron infiltrar los cuarteles para llevar adelante una revuelta armada. Los dos sargentos, especialmente el segundo, fingieron seguir las instrucciones de los conspiradores; pero mantuvieron a Flores al tanto de toda la conjura. De ese modo el gobierno supo de los autores, el día y la hora del proyectado golpe. El presidente, enterado de los sucesos de Guayaquil, salió de la capital, pero

dejando instrucciones expresas de cómo habría de procederse para reprimir el intento subversivo.<sup>20</sup>

Desde que Flores recibió la noticia intentó eximirse de responsabilidad en el hecho de sangre; pero no solo sus adversarios, sino incluso historiadores como Cevallos que lo favorecen, coinciden en que fue el autor intelectual del crimen. La noche del 19 de octubre, los conspiradores se agruparon en varias casas adyacentes a la plaza de San Francisco. La gran mayoría no llevaba armas, puesto que todos creían que simplemente iban a tomar posesión del cuartel en forma pacífica. A la hora convenida se acercaron a éste, pero, cuando pasaban por el pretil de la catedral, se abrieron las puertas del cuartel y salieron los soldados armados de lanzas, matando e hiriendo a todos los que pudieron. Hall, que estaba montado a caballo, fue la primera víctima. Cayeron también Echenique, Albán, Conde, Camino y otros. Echenique estaba armado pero entregó sus dos pistolas a un soldado que al verlo inerme lo lanceó inmediatamente. Albán, según lo indica Cevallos, era uno de los líderes de la revuelta popular del 2 de agosto de 1810.<sup>21</sup> Al amanecer el día 20, varios de los cadáveres fueron colgados de un poste, por orden del vicepresidente Modesto Larrea.

En la Costa, el Gobierno no pudo sofocar la rebelión de Rocafuerte, el “chihuahua”, que llevó adelante una guerra de guerrillas que desgastó a Flores, hasta que se avino a pactar con su adversario, luego de la traición de Mena. Pero en la Sierra, la matanza de los de *El Quiteño Libre* tuvo como corolario otro crimen, cometido también en nombre de Flores. Luego de una incursión desde Nueva Granada y de una fracasada revuelta, dos destacados miembros de la sociedad opositora, Sáenz y Zaldumbide, fueron cercados en el sitio denominado Pesillo, al norte del país. Al verse vencidos, se rindieron ante las fuerzas gubernamentales, pero fueron tomados prisioneros y asesinados en el acto el 21 de abril de 1834. Pedro Moncayo culpa directamente del hecho al general Martínez Pallares, jefe de las fuerzas que sofocaron la revuelta.<sup>22</sup> Pedro Fermín Cevallos se inclina más bien a creer, sin librar del todo de culpa a Pallares, que quien ordenó la muerte fue un teniente de apellido Cárdenas.<sup>23</sup> En todo caso, el hecho fue un crimen salvaje, un asesinato a sangre fría de prisioneros desarmados.

El general Sáenz, que había presidido *El Quiteño Libre*, era un destacado combatiente de la Independencia, amigo muy cercano de Sucre y hermano de Manuelita Sáenz. Se trataba, pues, del asesinato de uno de los jefes

---

20. Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tercera parte, pp. 41-44.

21. Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo XII, p. 41.

22. Pedro Moncayo, *El Ecuador de 1825 a 1875*, pp. 84-87.

23. Pedro Fermín Cevallos, *Resumen de la Historia del Ecuador*, tomo XII, pp. 41-43.

nacionales de mayor prestigio. Esto, junto a la liquidación violenta de la sociedad opositora, hizo recrudecer la resistencia que tenían ciertos grupos hacia Flores y su entorno de militares extranjeros; al mismo tiempo revivió las acusaciones que se hacían al general de haber participado en el asesinato de Sucre.

## LA “CARTA DE ESCLAVITUD”

En medio de una situación de violencia y desgobierno, poco tiempo después del asesinato de Sáenz y Zaldumbide se proclamó en Imbabura la jefatura suprema de José Félix Valdivieso, que tomó la capital. El 10 de septiembre de 1834 concluyó el período constitucional de Flores que, dando un giro inesperado a su política, se retiró del mando y respaldó la proclamación de Rocafuerte como jefe supremo en Guayaquil. En vez de matarlo, Flores prefirió hacer un acuerdo con su más notable adversario. Las fuerzas opositoras fueron aplastadas por Flores en Miñarica, cerca de Ambato, en una batalla en que se demostró, una vez más, la calidad militar del general.<sup>24</sup> Valdivieso y sus partidarios abandonaron Quito, lanzando una proclama que anexaba el Ecuador a Nueva Granada. Restablecida la calma, se convocó una nueva Constituyente.

La Constituyente, reunida en Ambato en 1835, dictó la segunda carta fundamental del Ecuador. En ella se suprimió la ambigüedad de la federación colombiana, y se nombró presidente a Rocafuerte, que gobernó aliado a Flores entre 1835 y 1839. El “benemérito” general fue declarado por la Asamblea como “primer ciudadano del Ecuador”, así como “fundador, defensor y conservador de la República”, al mismo tiempo que le reconoció, solo a él en forma excepcional, el grado de “General en Jefe”.<sup>25</sup> Luego fue elegido senador, llegando a presidir la Cámara Alta. Con semejante poder, siguió siendo el “hombre fuerte” del gobierno. Colaboró lealmente con Rocafuerte, pero no faltaron, sin embargo, algunos conflictos como el que se dio entre el presidente y los comerciantes y agiotistas de Guayaquil que hicieron fra-

---

24. Olmedo, emocionado, escribió el que se considera su poema mejor logrado, la “Oda a Miñarica”, en que exalta el valor de Flores y su esfuerzo por mantener unido al país. José Joaquín de Olmedo, “Al General Flores, Vencedor de Miñarica”, en *Poesía, prosa*, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Puebla, Cajica, 1960, pp. 261-268.

25. “Decreto votando una solemne acción de gracias en nombre de la Patria al General Juan José Flores, declarándolo primer ciudadano del Ecuador y nombrándolo General en Jefe”, en República del Ecuador, *Primer Registro Auténtico Nacional*, No. 61, Año 1835, p. 511 (el decreto está suscrito por José Joaquín de Olmedo, como presidente de la Asamblea, con el ejecutese del presidente Rocafuerte).

casar un intento de reforma fiscal con el apoyo de Flores.<sup>26</sup> En todo caso, el esfuerzo organizador de Rocafuerte fue intenso, pero no debe olvidarse que no pudo desbordar ni el carácter terrateniente del Estado, ni el poder del flo-reanismo que fue su principal sustento.

Concluido el período de Rocafuerte, la sucesión se dio sin conflictos. El Congreso de 1839 designó de nuevo presidente a Flores. Manteniendo el acuerdo que había funcionado por cuatro años, nombró a Rocafuerte gobernador de la provincia de Guayas. Las dificultades con Nueva Granada volvieron a surgir. Flores ayudó a pacificar la zona fronteriza, sacudida por revueltas contra el gobierno de Bogotá, pero la oferta granadina de un arreglo fronterizo no se concretó. El presidente volvió a fracasar en la incorporación de Pasto al Ecuador.

Cuando estaba cerca el fin de su período, en 1843, Flores maquinó su permanencia en el poder. La dificultad de reunir al Congreso por problemas en las elecciones de Azuay, le dio el motivo para declararse jefe supremo y convocar a una Asamblea Constituyente, reunida en Quito bajo su control, que impuso un proyecto de Constitución en el que había volcado todas sus convicciones y conveniencias conservadoras. El Congreso se reuniría solo cada cuatro años. (...) Los senadores debían ser elegidos por un período de doce años y los representantes (diputados) cada ocho años. Ocho años duraba también el mandato presidencial, con reelección permitida después de un período. Para que el poder Ejecutivo fuese obligado a sancionar una ley que hubiera vetado, era necesaria la insistencia con las tres cuartas partes de los asistentes a ambas cámaras. Se restablecía el principio de la Constitución de 1830 acerca de la ecuatorianidad para los naturales de otros países colombianos y la de nacimiento para nativos de otros países colombianos que casasen con ecuatoriana y tuviesen propiedad raíz de treinta mil pesos, que era el caso de Flores.”<sup>27</sup> La nueva Constitución, que consagró los principios más conservadores de las tendencias “godas”, fue llamada “Carta de Esclavitud”, y generó fuerte resistencia.

Rocafuerte, ya enemistado con Flores, fue un agresivo opositor en la Asamblea, hasta cuando tuvo que abandonarla y partir al exilio. Desde allí

---

26. Con la ayuda de su ministro Francisco Tamariz, en 1836 Rocafuerte propuso una rebaja de los derechos de importación y exportación y reguló la deuda interna. Los comerciantes guayaquileños, a quienes favorecía la rebaja, se opusieron, ya que la reforma limitaba el contrabando y la especulación con la deuda pública. Rocafuerte intentó demostrar que los decretos eran ventajosos, pero Flores apoyó a los opositores y la mayoría en el Congreso depuso a los ministros Tamariz y Morales. Las reformas no se dieron, pero la inscripción de la deuda quedó hecha.

27. Alfredo Pareja Diezcanseco, *Historia de la República*, Guayaquil, Ariel, 1974, p. 31.

lanzaba feroces manifiestos “A la Nación”, que denunciaba el dominio militar extranjero.<sup>28</sup> Un grupo de jóvenes quiteños fundó la Sociedad Filotécnica, pronto envuelta en la conspiración. En Guayaquil los notables trabajaban por el derrocamiento de Flores. A esto se sumó la protesta del clero porque la Constitución prohibía la posibilidad de su elección para cargos públicos. Un impuesto personal causó tremenda resistencia. Asonadas populares promovidas al grito de “mueran los tres pesos” fueron violentamente reprimidas.

La agitación tuvo su momento culminante el 6 de marzo de 1845, cuando se dio en Guayaquil un pronunciamiento contra Flores y se designó un “Gobierno Provisorio”, integrado por José Joaquín de Olmedo, Vicente Ramón Roca y Diego Noboa, quienes se esforzaron por dar al movimiento un sentido nacional, frente al dominio militar extranjero. El espíritu nacionalista fue hasta cambiar el tricolor colombiano por la bandera de Octubre de 1820, como símbolo nacional. Se resolvió también contar los años desde 1845, “el primero de la libertad”. Era un intento de los notables porteños por alcanzar el control del poder, en el que habían venido participando como socios menores. Pero, en el enfrentamiento de élites dominantes, ciertos grupos populares actuaron movidos por el resorte antioligárquico y de reivindicación nacional contra los “opresores extranjeros”.

Por algunos meses se produjeron varios enfrentamientos entre tropas de Flores y de los *marcistas*, sin una acción definitiva. Flores se dio cuenta de que no podía ganar y conservar el poder. Prefirió la transacción y se suscribieron los acuerdos de La Virginia. En virtud de ellos, Flores se retiró del mando, se daba garantías a oficiales y soldados de ambos ejércitos y se disponía el pago de indemnizaciones por daños causados a particulares; Flores conservaría su cargo de General en Jefe, sus “honorarios y rentas”; recibiría además el pago de sueldos atrasados y 20.000 pesos para que subsistiera en Europa por dos años, después de los cuales podía volver libremente al Ecuador.<sup>29</sup>

---

28. “En el Ecuador hay tres comandantes generales. La Comandancia General de Cuenca es patrimonio de un general venezolano; la del Guayas, de un general irlandés; la de Pichincha, de un general inglés. El Inspector General del Ejército es un francés (...) En la república hay 15 generales: 12 extranjeros y tres del país (estos últimos fuera de servicio). El primer batallón está al mando de un venezolano; el segundo por un venezolano. El primer regimiento de caballería está mandado por un español, el segundo por un venezolano (...) Todos los jefes principales de los cuerpos son extranjeros”. “A la Nación”, No. 2, publicado en *Rocafuerte, quince años de historia de la República del Ecuador*, Colección Rocafuerte, vol. XIV.

29. Óscar Efrén Reyes, *Breve Historia General del Ecuador*, tomos II y III, Quito, Fray Jodoco Ricke, 1974, pp. 85-86.

La Constituyente reunida en Cuenca en 1845 dictó una Constitución y, con fervor *marcista* desbordante, desconoció los acuerdos de La Virginia, despojando a Flores de sus privilegios y abriendo una etapa de persecución a sus seguidores. Fue elegido presidente de la República Vicente Ramón Roca, que gobernó en medio de grandes dificultades económicas y amenazas de guerra civil e invasión de fuerzas dirigidas por Flores.

## EL ASESINATO DEL “CENTAURO DE ÉBANO”

Juan Otamendi, que llegó a ser la “mano derecha” de Flores, era su paisano venezolano. Había nacido en Caracas en 1798. Fue hijo “de un clérigo en una negra esclava”.<sup>30</sup> Su madre, al parecer, era doméstica en casa de este clérigo Otamendi, cuyo apellido adoptó posteriormente el hijo, como era una costumbre difundida. Durante su infancia, que se desarrolló en medio de una etapa de agitación social en Venezuela, debió haber experimentado la dualidad de ser hijo del amo y de la esclava, viviendo la ambigüedad del mulato y ciertos pequeños privilegios en la casa paterna. Desde sus primeros años se destacaría por su agilidad y talento, y al mismo tiempo habría sido testigo del surgimiento de la “Sociedad Patriótica” y de los eventos políticos y militares que desataron las guerras libertarias desde 1811.

En 1817 el joven Juan Otamendi se enroló en el ejército de Bolívar como soldado raso. Entonces, muchos negros y mulatos lo hicieron no solo porque con ello lograban la manumisión sino porque tenían expectativas de ascenso militar y social. Otamendi inició así una lucida carrera castrense que lo llevaría al más alto grado. En su biografía del personaje, Piedad y Alfredo Costales recogen los aspectos más destacados de su “hoja de servicios”, francamente notable.<sup>31</sup> En 1818 era sargento, en 1822 subteniente, en 1824 teniente, en 1827 capitán, en 1829 segundo comandante, en 1830 primer comandante, en 1831 coronel y en 1834 general de brigada. Los mismos autores esbozan una imagen idealizada del hombre:

Este soldado de la Independencia es un mulato recio; dentro de una constitución robusta se destacan unos miembros nerviosos y bien formados. Su talla rebasaba a la común de los criollos. Y se relieva donde quiera que él esté; espaldas anchas, hombros espaciosos, brazos largos, fuertes y firmes; piernas largas

---

30. Francisco Xavier Aguirre Abad, *Bosquejo histórico de la República del Ecuador*, Guayaquil, Corporación de Estudios y Publicaciones, 1975, p. 342.

31. Piedad y Alfredo Costales, *Otamendi: el centauro de ébano*, pp. 69-73.

longuilíneas, le comunican un porte marcial cuando camina; el pecho levantado, se destaca recio dentro de la guerrera. Cabeza pequeña, simétrica, con apretado cabello ensortijado. Ojos vivos, relampagueantes, con un destello de carbunco, brillan bajo una frente estrecha, sañuda y fiera, que escapa en los extremos, por entrantes lanceolados; sus pómulos protuberantes toman vida bajo una piel chocolate y unos labios gruesos, sensuales, carnosos, como pulpa de sandía, le tiemblan cuando habla o grita. (...) Extravertido, pronto estalla en ira o en alegría; cuando lo segundo cuenta con una voz gruesa, imponente, hecha para dar órdenes (...). Decidido, temerario, reacciona prontamente ante las situaciones difíciles y pone al frente su temeridad. Tiene tendencia a la verbosidad en la conversación; asimila rápidamente las lecciones que le ofrece la vida, sobre todo aquellas que le ayudan a sobrevivir en las campañas.<sup>32</sup>

En las filas patriotas participó en grandes hechos bélicos. Luego de las campañas de Venezuela, pasó al Perú y estuvo en Junín, Ayacucho y en el sitio del Callao. En 1827 vino a Quito, donde sirvió como edecán del general Flores designado jefe del Distrito del Sur y luego primer presidente del Ecuador. Acompañó a su jefe en la batalla del Portete de Tarqui en 1829 y quedó inscrito en el Ejército ecuatoriano desde 1830. En esa calidad, ya coronel, dirigió los operativos de represión y exterminio de los batallones Vargas y Flores; también participó en las acciones contra los “chihuahuas” y luego en la batalla de Miñarica. Para entonces era ya un personaje polémico. La oposición lo consideraba el “carnicero de Flores”, pero nadie negaba su gran valor como militar. Habiendo sido jefe de un regimiento de lanceros, sus biógrafos lo llamaron “el centauro de ébano”.

Pero, más que las acciones de guerra, un incidente que se puede llamar “social” fue causa del mayor desprestigio de Otamendi entre los sectores dirigentes de su época. Tuvo lugar en Riobamba, la ciudad más aristocrática del Ecuador, cuyos notables reclamaban noblezas coloniales y tenían especial desprecio por el general negro y su familia. El 10 de noviembre de 1836 se celebraba un baile por todo lo alto en casa del gobernador de Chimborazo, Nicolás Vásquez. “Otamendi acudió, no se sabe si por invitación o por propia iniciativa; el hecho es que se presentó acompañado de su esposa Ángela Naranjo, su padre político y un cuñado. Esta incursión, al parecer ingenua, del general negro a los dominios de la nobleza riobambeña, motivó los más variados comentarios, que sin disimulo se hicieron”.<sup>33</sup> Al parecer, se le hizo varios desaires. El historiador Pedro Fermín Cevallos, quien fue testigo del hecho, dice que “los humos de las copas que menudeaban hicieron soltar al gobernador y a su esposa, algunas frases indis-

---

32. *Ídem*, pp. 67-68.

33. *Ídem*, pp. 144-145.

cretas contra Otamendi y la suya.”<sup>34</sup> En realidad, según documentos posteriores, parece que las ofensas fueron de grueso calibre.<sup>35</sup> Otamendi dejó la sala de baile y pidió explicaciones a Vásconez, que se las dio. Luego, se retiró de la fiesta.

Sin embargo, a las diez de la noche volvió a caballo y acompañado de varios ayudantes ingresó a la casa. Vásconez salió a calmarlo y lo logró. Cuando Otamendi intentó darle la mano, el gobernador, presa del pánico, creyendo que lo iba a agredir, le disparó con su pistola a boca de jarro. Entonces, el general y sus acompañantes siguieron a Vásconez que huía hasta el mismo salón de baile. Allí, en presencia de todos los concurrentes, entre ellos el vicepresidente de la República Juan Bernardo León, según Cevallos atestigua, “Otamendi bufaba de pie, en medio del salón, pero no cometió ninguna mala acción”.<sup>36</sup> Un joven, Daniel Salvador, le gritó entonces: “Negro, vuélvete o te mato” y le disparó por la espalda.<sup>37</sup> En cuestión de segundos, el agresor fue lanceado varias veces por los escoltas y murió. En la confusión general, varias personas murieron o quedaron heridas y la fiesta llegó a un abrupto fin. Desde el siguiente día, la reacción de la sociedad riobambeña fue terrible. Se pedía justicia contra el “negro alevoso y criminal”. Otamendi fue hecho prisionero, encadenado, y luego trasladado a Cuenca, donde se inició un proceso que nunca llegó a consejo de guerra. Luego de varias dilaciones y enredos judiciales se lo puso en libertad bajo fianza por influencias de Flores.<sup>38</sup> Al fin se lo absolvió, junto con otros acusados.

La libertad obtenida y el que no hubiera sido hallado culpable no calmó las antipatías ni redujo el desprestigio que acompañó a Otamendi desde entonces. Tampoco convenció al presidente Rocafuerte, que lo mantuvo sin destino, y cuando se enteró de que había participado en una conspiración junto con el coronel José María Urvina, lo desterró al Perú. Camino del destierro llegó al sitio denominado Macará, en la frontera. Allí, según lo esta-

---

34. Pedro Fermín Cevallos, *Historia del Ecuador/5*, Ambato, Biblioteca Letras de Tungurahua, 1986, p. 223 (Nota: Esta cita y las siguientes se toman de una edición distinta de la que se cita en páginas anteriores, debido a que no está disponible el tomo final de esa edición. Esta edición de Ambato de 1986 se publicó con un título distinto del original, como puede observarse, pero el texto está completo).

35. Según declaró su padre político en el sumario establecido posteriormente, Vásconez había dicho que era un “zambo canalla, que no necesitaba de su amistad y que él tenía los cojones más grandes que los de él.” Piedad y Alfredo Costales, *Otamendi: el centauro de ébano* p. 145.

36. Pedro Fermín Cevallos, *Historia del Ecuador/5*, p. 223.

37. Piedad y Alfredo Costales, *Otamendi: el centauro de ébano*, p. 147.

38. Pedro Fermín Cevallos, *Historia del Ecuador/5*, p. 225.



blecen varios testimonios, logró organizar el poblado de manera ejemplar. Macará le debe a Otamendi su perfil de ciudad moderna.

Al cabo de seis años de destierro, en 1843, el presidente Flores llamó de regreso a Otamendi, que realizó para el gobierno algunas gestiones en Macará. En 1844 se encontraba en la provincia de Imbabura, donde se había dado un levantamiento indígena.

Apoderados de un puente esperaron el desarrollo de los acontecimientos; pero Otamendi, a la cabeza de su caballería, fue enviado a sofocarlos. El mismo terror pánico de las huestes del Inca ante los caballos españoles volvía a empequeñecer los corazones indígenas: Divisar a Otamendi y dispersarse los defensores del puente todo fue uno. Pero el germen rebelde quedaba sembrado en tierra fecundísima. Otros amotinados en Cayambe fueron igualmente dispersados por Otamendi, donde el coronel francés Adolfo Klinger había sido asesinado por alguno del motín.<sup>39</sup>

Luego de que se produjo la “Revolución Marcista” (marzo, 1845), se encendió la guerra civil. Flores encomendó a Otamendi la defensa de su hacienda La Elvira en la Costa, que se transformó en cuartel general de las tropas del gobierno de Quito. Las fuerzas del “Gobierno Provisorio” atacaron repetidamente La Elvira por tierra y por el río, pero fueron rechazados cada vez. Otamendi logró vencer en el combate más fuerte que se presentó y puso en retirada a los agresores hasta Guayaquil, pero sufrió una herida en la refriega. Sin embargo, como se ha visto, ese éxito no fue suficiente para que Flores recobrara el mando y el general prefirió la transacción. Firmó con sus adversarios los tratados de La Virginia y dejó el país, confiando que el nuevo gobierno los cumpliría.

Pero, en pocos meses, la persecución contra la familia de Flores y sus partidarios comenzó. Otamendi se había acogido a las estipulaciones del tratado de La Virginia, y se encontraba en una propiedad cercana a Alausí con su esposa Ángela Naranjo, cuando fue apresado por un piquete militar comandado por un capitán Cerda. Era una orden del gobierno, al parecer directa del presidente Roca que, según Elías Lazo, intrigaba para que Cerda fusilara a Otamendi.<sup>40</sup> Todavía convaleciente de la herida de guerra, fue conducido por los polvorientos caminos de entonces a Babahoyo. Allí abordó una canoa que lo conduciría a Guayaquil. En la primera jornada, al atarde-

---

39. Remigio Romero y Cordero, “El Ejército en Cien Años de Vida Republicana”, en *Revista de Estudios Militares*, No. 67 monográfico, Quito, 1933, p. 70 (Klinger no era francés sino británico).

40. Cita de la obra de Elías Lazo, *Biografía del general Flores*, por Piedad y Alfredo Costales, *Otamendi: el centauro de ébano*, pp. 40-41.

cer, llegó a Yaguachi, que estaba de fiesta. Al desembarcar, el populacho congregado allí intentó linchar a Otamendi, pero se lo impidió la escolta y lo condujo al paraje Guajalá. La escolta dispuso que el general volviera a embarcarse en la canoa. Un sargento lo obligó a dar el primer paso. Cuando trataba de saltar dentro del bote sonaron disparos efectuados desde la orilla. Otamendi reaccionó y les gritó a sus asesinos: “¡Miserables! No se mata así a un valiente, a un soldado de la Independencia.”<sup>41</sup> Era el 18 de agosto de 1845.

Fue un asesinato a sangre fría, que se trató de justificar, argumentando que el preso intentaba fugar o seducir a la escolta. Elías Lazo, biógrafo de Flores, y Francisco Xavier Aguirre Abad, entre otros autores, están seguros de que la orden de eliminación vino de arriba. Este último historiador cuenta que al llegar a Guayaquil con el cadáver: “Luego que se divisó la canoa en que esperaban a Otamendi, corrió el populacho a la orilla, y armándose con palos de leña que se hallaban amontonados en las inmediaciones, se preparó a matarle al tiempo de su desembarco. En vista de esta criminal demostración, el Gobierno hizo traer al batallón No. 1 para que defendiese a Otamendi. Todo era ya inútil. La muchedumbre no tuvo a quien matar, ni la tropa a quien defender.”<sup>42</sup> Más allá de las justificaciones, desde el primer momento se trató de echar tierra sobre el asunto. El historiador Le Gouir afirma:

El general Illingworth, Comandante de la Plaza, mandó a hacer una indagación sobre aquella muerte y sometió al capitán al consejo de guerra. Este no parece que procediera con seriedad en este asunto, y el jefe de la escolta quedó absuelto tanto por la muerte como por la prisión de Otamendi. Cerda obedecía a órdenes superiores: con ellas se escudaba, comenzando por la orden de arresto y traslado a Guayaquil.<sup>43</sup>

El mismo historiador jesuita al juzgar a Otamendi afirma que había sido “el hombre que por su autoridad, su altanería y sanguinarios instintos, más contribuyó a que tildaran de militarista el régimen floreano.” Y añade: “Mulato arrojado y de fuerzas hercúleas, soldado de fortuna, hábil táctico, Otamendi nunca logró la popularidad: antes bien, a despecho de los servicios que le debía la República, se atrajo la odiosidad del pueblo a causa de

41. Cita de un artículo de la *Revista Jurídico Literaria* citado por Remigio Romero y Cordero, en *ídem*, p. 49.

42. Francisco Xavier Aguirre Abad, *Bosquejo histórico de la República del Ecuador*, p. 341.

43. José Le Gouir Raud S. I., *Historia de la República del Ecuador*, Biblioteca Aymesa, libro III, Quito, s.f., p. 218.

sus instintos sanguinarios y de su insolente altivez.” Todos, concluye, pensaban que en su persona se había cumplido eso de que “quien a yerro mata, a yerro muere”.<sup>44</sup> En estas opiniones coincide con autores liberales como Andrade y Moncayo, que también estigmatizaron a Otamendi como el verdugo o instrumento represivo de los godos. En realidad, la imagen negativa del general es casi unánime. Sus biógrafos hacen un listado de los epítetos que se ha utilizado en su caso: “feroz, sanguinario, cafre, inmoral, cruel, dipsómano, vengativo, terrible, implacable, hiena”.<sup>45</sup> Es claro que muy pocos, o quizá ninguno, de nuestros líderes políticos han sido tratados de esa forma. El hecho es que el ser negro y pagado de sí mismo era un “agravante”.

Resulta difícil juzgar a un personaje de tan complejas características. Es evidente que cumplió un papel muy destacado en las luchas por la Independencia y en la defensa del país contra sus vecinos. Es también cierto que en muchas acciones castrenses, aun al enfrentar insurrectos, tuvo actos de prudencia y humanidad, de los que se habla poco. Pero también es verdad que cometió actos de feroz represión, del todo repudiables, que no pueden justificarse aunque hubieran sido cumplidos por orden superior. En muchos sentidos el hombre fue un caso típico de los militares más notables de las guerras independentistas a inicios de la República, entre los que hubo más feroces y ciertamente menos valientes y leales que Otamendi. Pero su mala fama se debe quizá a dos causas adicionales. Primero, era un mulato visto como negro, que había ascendido socialmente y eso nunca le perdonó la sociedad racista dominante. Segundo, era el brazo derecho de Flores y quedó identificado con los odios terribles que el floreanismo generaba. Al ser asesinado en un horrible crimen político, cayó víctima de la situación de violencia en que le tocó vivir, pero víctima también del racismo dominante y de la reacción desatada contra el dueño del poder al que sirvió.

## UN BALANCE

El desconocimiento de los acuerdos de La Virginia, la persecución contra su familia y sus allegados, y, en especial el asesinato de Otamendi, movieron a Flores a buscar apoyo en varios países de América y Europa para organizar expediciones destinadas a “reclamar sus derechos” y reconquistar el Ecuador. Con apoyo de la Regente de España contrató mercenarios, com-

---

44. *Ídem*, p. 219.

45. Piedad y Alfredo Costales, *Otamendi: el centauro de ébano*, p. 99.

pró barcos en Inglaterra y reclutó también “colonos” con ofertas de dinero y tierras en el Ecuador. Había convencido a su protectora española que así podría retomar el país, inclusive otros de la región andina, para instalar aquí un príncipe español como monarca. Las evidencias y pruebas de sus maquinaciones son numerosas y contundentes.<sup>46</sup> Pese a ello, hay algunos autores que han justificado sus acciones o han tratado de darles una interpretación distinta, insistiendo sobre todo en que solo intentaba hacer valer sus derechos y no poner en riesgo la independencia americana.<sup>47</sup> El hecho, sin embargo, es que aunque no hubiera sido su intención en realidad coronar aquí a un príncipe extranjero, engañó a los funcionarios de la corte española con el proyecto, para beneficiarse políticamente. Y el proyecto no solo lo formuló una vez sino que lo mantuvo por varios años, levantando gran resistencia en toda la América que fue española.

Ante el peligro de las invasiones de Flores, en los medios internacionales se habían planteado formar con los países vecinos una “Confederación del Pacífico”, con fines de mutua defensa. El gobierno ecuatoriano decretó contribuciones de guerra y persiguió a los partidarios de Flores. Gestiones de los comerciantes ingleses ante su gobierno consiguieron el embargo de las naves que iban a transportar la expedición. Con ello, la empresa terminó por fracasar. Flores, sin embargo, mantuvo sus intentos de invasión, y viajó al Perú a organizar desde allí sus operaciones. Por todos esos años, los gobiernos ecuatorianos lo declararon “pirata” y dedicaron grandes recursos a preparar la resistencia. Al fin, en 1860, el general Flores logró volver al Ecuador, cuando ofreció su apoyo a García Moreno para dominar a los gobiernos regionales y reunificar al país. En 1861 presidió la Asamblea Constituyente y asumió varias tareas como jefe militar. Cuando en 1864 dirigía una operación en contra de Urquina y sus partidarios que se habían alzado en armas en la costa sur, encontró la muerte en medio de la campaña.<sup>48</sup>

Juan José Flores tuvo enorme influencia en la vida del Ecuador del siglo XIX, y su familia conservó su participación en el poder político por más de un siglo.<sup>49</sup> No cabe duda de que fue un gran militar y un fiel seguidor de Bolívar. Tampoco debe negarse su capacidad para las relaciones humanas y

---

46. Hay muchas investigaciones sobre esta tentativa de reconquista monárquica de Flores. El trabajo más completo que se ha publicado sobre el asunto es el de Ana Gimeno, *Una tentativa monárquica en América. El caso ecuatoriano*, Quito, BCE, 1988.

47. El más ardoroso defensor de esta tesis es el P. Jorge Villalba, S. J., quien en varias publicaciones ha insistido en la inocencia de Flores. Ver Villalba, *El general Juan José Flores, fundador de la República del Ecuador*, pp. 440-443.

48. *Ídem*, p. 466.

49. Su influencia personal, como se ha visto, se extendió hasta los años sesenta del siglo XIX. Sus hijos fueron gente de fortuna y tuvieron activa participación política.

su gran habilidad, que le permitieron orquestar una clientela política amplia y representativa de los intereses dominantes de la época. Que tenía gran respaldo y simpatías arraigadas está más allá de toda discusión. También está claro que no era hombre de inclinaciones represivas. Prefería “comprarse” a sus adversarios que liquidarlos o perseguirlos. Su acuerdo con Rocafuerte es el mejor ejemplo.

Y el mismo Rocafuerte sirve como comparación. En su gobierno de cuatro años, la pena de muerte fue mucho más usada que en las administraciones floreas, que duraron más de diez años. Como presidente, Flores evitó utilizar la pena capital. Como general, no solo fue buen estratega sino que casi siempre se portó magnánimo con sus adversarios. Esto último no solamente cuando fue vencedor, sino también cuando fue proscrito, declarado “pirata” y vencido. Definitivamente, Flores no era un hombre que asentara su fuerza principalmente en la violencia, sino en la búsqueda de consensos.

Pero todo lo dicho no exime a Flores de su responsabilidad en los crímenes políticos, mentalizados por él o cometidos en su nombre. Puede decirse que eran quizá menos escandalosos en una época violenta, pero la masacre de los batallones sublevados no deja de ser por ello uno de los hechos sangrientos más feroces de nuestra historia. Claro que para ejecutar estas medidas Flores contó con el obediente y experto concurso de Otamendi, su brazo derecho. La figura del general negro, asimilada permanentemente a la represión floreana, no puede verse solamente a través de sus arrestos de violencia. Pero es un hecho que Otamendi cometió crímenes en nombre de Flores y en su nombre propio. Esto, desde luego, no justifica en absoluto el racismo con que fue a veces tratado y la forma cobarde en que fue asesinado.

De entre las muertes del floreanismo, la que más llama la atención es la matanza de los miembros de la sociedad El Quiteño Libre. El hecho no solamente pesa por el número de muertos que causó, reducido si se quiere en relación a otros hechos, sino que también tiene importancia por la manobra y el cálculo con que fue provocada y ejecutada. Flores ideó la trampa, preparó la escena, movió las fichas y se ausentó de la ciudad. La noticia de la ejecución del plan le llegaría lejos. No cabe duda de la responsabilidad del presidente en los acontecimientos. La muerte de Hall y de los demás asesinados de la sociedad opositora tiene además relieve porque se trató de

---

Antonio fue un gran diplomático y llegó a ser presidente de la república (1888-1892). Reinaldo fue un influyente general. Las hijas de don Juan José se casaron con prominentes latifundistas de Quito y Guayaquil. Algunos de sus nietos y bisnietos fueron políticos activos.

un acto que abrió un camino para que en el futuro se dieran actos similares. Con su eliminación se fue articulando una cadena de crímenes con clara motivación política que se sucedieron a lo largo de la historia del Ecuador. Y la muerte de los miembros de la sociedad opositora fue percibida entonces como un “crimen político”, fundamentalmente porque se trataba de adversarios militantes del régimen que disputaban el poder político, mas bien que por la crueldad o espectacularidad de los acontecimientos.

La publicación de *El Quiteño Libre* inició una época en el periodismo ecuatoriano, fundamentalmente porque su acción opositora movilizó los canales de opinión de entonces. Éstos eran muy precarios y reducidos, pero en ellos influía, sin duda, la prensa de oposición. Un periódico del que se publicaban quizá doscientos ejemplares semanales vendidos a un real llegaba a una buena proporción de los políticos activos, a los electores alfabetos que no pasaban de tres mil en todo el país. Pero también era leído en alta voz ante la gente reunida en las cantinas, en los estanquillos, en las tiendas y en las tertulias familiares. Cada ejemplar llegaba a mucha gente.

Resulta claro, pues, que si se presenta el argumento de que los periódicos llegaban a muy pocos, éste solo sirve para recordarnos que también muy pocos hacían política entonces. Pero las ideas y la acción de esos pocos eran muy importantes. Por ello, la confluencia de la lucha política radical con el incipiente pero efectivo poder de la prensa hizo del asesinato de los miembros de la sociedad *El Quiteño Libre* un crimen político típico y en muchos sentidos paradigmático.

Es evidente que había una “opinión pública” en el naciente Ecuador. No tenía las características que habrían de desarrollarse en períodos posteriores de nuestra historia, pero claramente se había dado un espacio de debate sobre “lo público”, entendido como “lo político”, y uno de sus canales más importantes era la prensa. Sus órganos estaban destinados principalmente a la lucha política coyuntural. Y participaban en ella con una alta dosis de violencia verbal. “La mayor parte de los periódicos –observa Destruge– lo fueron de combate, y muy raros los que en la lucha se mantuvieron serenos; la exaltación, la violencia, fue casi siempre la nota dominante.”<sup>50</sup> Para constatarlo no hace falta sino revisar los periódicos de entonces.

---

50. Camilo Destruge, *Historia de la prensa de Guayaquil*, tomo I, Quito, CEN, Biblioteca de Historia Ecuatoriana, vol. 3, p. 82.

## FLORES ANTE LA HISTORIA

Los hechos que hemos considerado sucedieron en una etapa concreta, marcada por el trance de gestación inicial de un país, cuya precaria existencia y unidad estaban permanentemente amenazadas. No podemos juzgar la violencia de entonces con los criterios de ahora. La trayectoria del floreanismo estuvo marcada por numerosos crímenes y hechos de sangre. Pero eso no convirtió a Flores en un monstruo, ni en un tirano sanguinario como varios de sus detractores insisten que fue. Van Aken observa: “Si había elementos de autoritarismo y paternalismo en el liderazgo de Flores, estas características no eran suficientes para darle el título de ‘tirano’, a menos que se coloque este membrete a casi todos los ejecutivos latinoamericanos del período republicano inicial”.<sup>51</sup> Es importante insistir en que Flores fue un hombre de negociaciones y de acuerdos, más bien que de enfrentamientos. Llegó a ser amigo cercano de casi todos los grandes personajes del Ecuador de su época, y de muchos de América y Europa.

Pero reconocer las habilidades de Flores y rechazar en su caso el inadecuado calificativo de tirano, no significa que debemos consagrarlo como “Fundador de la Nación”, “Defensor y conservador de la República”.<sup>52</sup> Los títulos dados por compromiso por una legislatura después de una guerra civil, que luego se repitieron cada vez y cuando para halagar a quien estaba en el poder, o para premiar su apoyo al garcianismo al fin de sus días, son inadecuados y desmedidos. Y si de calificativos se trata, mucho menos debemos aceptar para Flores el de “Padre de la Patria” que su acaudalada familia inscribió en su tumba levantada en la Catedral de Quito al frente de la de su mujer. Ese es un título que ciertamente no merece.

El general Juan José de Flores fue el primer presidente del Ecuador recién nacido y fue al mismo tiempo figura dominante de su escenario político por tres lustros en que ejerció el poder con habilidad, manejando una compleja red de relaciones políticas y económicas. Pero no tuvo la grandeza que la fundación de un país demandaba.

Que fue un soldado valiente y capaz nadie debe dudar. Que fue hábil político y logró juntar voluntades a veces del todo opuestas para consolidar su poder, es también indiscutible. Pero de allí a consagrarlo como el

---

51. Mark van Aken, *El rey de la noche*, p. 130.

52. Esos títulos, como se vio, los otorgó la Constituyente de 1835, pero varios congresos volvieron a darle los mismos u otros parecidos en los años siguientes. Los autores de derecha los han usado repetidamente para referirse a Flores como el “padre” del Ecuador.

“fundador”, el “padre” de la Patria, hay una distancia insalvable. Y eso porque si bien era un político sagaz, brillante, no tuvo la talla del estadista, la calidad humana y ética para ser el portador de un gran proyecto nacional. No todos los hombres inteligentes, hábiles y exitosos son grandes hombres. Flores tuvo capacidad para hacerse del poder y mantenerlo, tuvo el acierto de reclutar aliados brillantes como Olmedo y Rocafuerte, que terminaron por combatirlo, pero no fue el gran hombre que el naciente Ecuador requería.

Por lo demás, cualquiera de sus innegables éxitos quedó definitivamente empañado cuando una vez derrocado del mando, se constituyó por largos años en el jefe de las fuerzas militares organizadas en el exterior para recolonizar el país en nombre de aquellos a quienes él mismo había ayudado a vencer en las guerras de la Independencia. Por más que sus apologistas traten por todos los medios de hallar la justicia de semejantes empresas, “Flores se había convertido en un filibustero renegado –dice Van Aken– según el modelo de William Walker, Narciso López y otros aventureros de la época que se confabulaban con gobiernos extranjeros, levantaban ejércitos privados y conspiraban para tomar el poder por cualquier medio”.<sup>53</sup>

Flores no tuvo la grandeza de quien da a luz una nación. Era solo un gran general y un gran político. Por sus altos talentos de conspirador y palaciego fue calificado por uno de sus contemporáneos como “El Rey de la noche”.<sup>54</sup> Se dirá que luego de sus expediciones de reconquista volvió al país e intentó ser justificado. Eso solo lo llevó a morir en medio de una acción de armas y con honores, pero no le confirió la talla de un García Moreno, por ejemplo, aunque por un hecho de la fortuna y las conexiones familiares terminó por ser enterrado en el templo mayor de Quito, con el título de “Padre de la Patria”.

Fecha de recepción: 20 enero 2008

Fecha de aceptación: 28 marzo 2008




---

<sup>53</sup> *Ídem*, p. 369.

<sup>54</sup> Esta expresión con que Van Aken titula su biografía, la tomó de Fernando Casos, autor peruano contemporáneo de Flores que se refirió a él de esa forma en su libro *Para la historia de la revolución de 1854*, Cuzco, s.e., 1854, citado por Jorge Basadre, en *Historia de la República del Perú*. Ver Mark van Aken, *El rey de la noche. Juan José Flores y el Ecuador*.